

Siete Pañuelos y Bernabé Somoza

Eduardo Zepeda-Henríquez

El solo nombre de **"Siete Pañuelos"** está cargado de resonancias míticas, porque el número siete, como se sabe, es el modelo espacio-temporal, vale decir, las tres dimensiones y sus contrarios, más el centro; los cuales corresponden a su vez, a los días de la semana. Siete eran, asimismo, los antiguos planetas mitológicos, que regían el curso de las vidas humanas.

El septenario simboliza, pues, la conjunción de cielo y tierra; pero, además, la transformación, por la cuenta periódica de las fases lunares, y conforme la misma idea astrobiológica. En efecto, el apodo del bandolero nicaragüense **"Siete Pañuelos"** tenía que calar hondo en la fe mágica de nuestro pueblo, que aún lo escucha como si oyese mencionar al demonio, o al mismísimo dragón de las siete cabezas; de igual manera que suena en los oídos chinos el zorro de siete colas. La verdad es que todas las fechorías de nuestro legendario forajido, acaso ya desde fines de 1845, se volvieron pañuelos o sea, verdaderos **"paños de lágrimas"** para los habitantes del norte de Nicaragua.

El malhechor, en cambio, agitaba sus pañuelos como banderas de victoria, hasta que el 10 de marzo del año siguiente las tropas del directorio derrotaron, al parecer definitivamente, al propio **"Siete Pañuelos"** y a sus secuaces. El caso es que bastaron unos meses de vandalismo para que tal individuo quedase en la conciencia popular como la sola encarnación de los siete pecados capitales. Y no puede asegurarse que el bandido muriese en aquella ocasión. Es claro que oficialmente se le dio por muerto; pero su mito maléfico seguiría viviendo en el medio social nicaragüense, donde los mitos tienen siete vidas, como los gatos. De ahí que todos los bandidos de la época, cuyos nombres han sido casi olvidados, como los de Juan Góngora y el Chato Lara, se resumieran en **"Siete Pañuelos"**, a quien se le achacaban los crímenes ajenos, como si los suyos propios no eran ya suficientes. Por eso aquel forajido es el símbolo triste de los quince años de anarquía que vivió nuestro pueblo entre 1838 y 1851. **"Siete Pañuelos"** efectuaba sus tropelías, sobre todo, en la región montañosa de Las Segovias.

Estaba, pues, **"enmontañado"**, literalmente, y había decidido hacer la guerra por su cuenta —la guerra sucia del bandolerismo—, puesto que en un principio formaba parte de movimientos revolucionarios de signo liberal y agrarista, cuyos caudillos fueron el coronel José María Valle, alias **"El Chelón"**, y Bernabé Somoza Martínez, **"liberal de grande importancia para el partido"**,

según Ortega Arancibia, historiador coetáneo de los hechos. Fuera de toda ley humana o divina, el bandolero resultaba escurridizo en aquella zona de Nicaragua, como que sus pañuelos parecían de ilusionista; pero, cuando bajaba de la montaña para saquear las poblaciones, eran **"los siete contra Tebas"**, cometiendo verdaderos atropellos —como escribe Chamorro Zelaya—; **"fríos asesinatos, aún de tiernos niños, robos de toda clase de intereses, sin exceptuar los bienes del culto, violación de doncellas..."**.

No se trataba, por consiguiente, de un bandolero romántico, sino de un desalmado, o de una mala hierba que se oculta, como trágico sino, en el alma de nuestra historia. De ese modo se explican los brotes de anarquías posteriores, tan frecuentes en la vida de Nicaragua; así como se explica la leyenda del mismo malhechor. Porque **"Siete Pañuelos"** se escapa de la historia, hasta casi volverse invisible, o sea, un puro sobrenombre mítico. Y es así cómo el verdadero nombre de aquel bandido se escurre de los puntos de la pluma de los historiadores nicaragüenses; ya que Orlando Cuadra Downing, siguiendo a Tomás Ayón, le llama Trinidad Gallardo, mientras que Pedro Joaquín Chamorro Zelaya nos habló de Natividad, como alguna vez le nombra el Registro Oficial, citado por el propio Pedro Joaquín.

La realidad histórica, ciertamente, se rompe en Nicaragua por este mito de **"Siete Pañuelos"**, y no exactamente a causa de que las roturas mismas sean **"un siete"**, sino porque la imagen del bandolero —imagen proverbial entre nosotros— se ha refugiado en la magia de lo desconocido, en esa **"guaca"** funeraria de la que salen los fantasmas, por aquello de los **"siete pies de tierra"** (o **"siete cuartas"**); ya que por algo la **"guaca"**, de origen quechua, es voz corriente en Nicaragua, con el significado de lugar oculto, es decir, de escondrijo bajo tierra o vaso de ultratumba. Ahí está nuestra danza del esquelético Toroguo, al que el pueblo nicaragüense, llamándolo **"Toro-guaco"**, ha dado un aire ocultista y, por ello, relacionado con los mitos de la muerte. Por lo demás, resulta significativo que en las pirámides de Mocha, precisamente en la guaca (o **"huaca"**) del sol indígena peruano, se cuentan siete gradas, siete peldaños rituales. Pero el mote cabalístico de aquel forajido no sólo encubrió los crímenes de otros malvados que, aprovechando el mito de **"Siete Pañuelos"**, lograron la impunidad a la sombra de éste; sino que el mismo serviría también de máquina de guerra o de arma arrojadiza en la lucha política de Timbucos y Calandracas, como se conocía entonces a nuestros partidos de filiación conservadora y de tinte liberal, respectivamente. El caso es que las historias partidistas **"le echaron el muerto"** de las correrías de **"Siete Pañuelos"** al jefe revolucionario Bernabé Somoza, liberal centroamericanista o morazánico, y **"verdadero enemigo del gobierno existente"**, dicho con palabras de José Dolores Gámez. De ahí que tales atribuciones tendenciosas —que deben calificarse, al menos, de falsificación histórica— arraigaran en la conciencia mítica de nuestro pueblo en forma de

confusión entre aquellos dos personajes, hasta el punto de fundirlos en uno solo. Así Bernabé Somoza participó de un mito que era el más alejado, en realidad, de su estampa **"caballesc"**.

El mito, pues, de un facineroso nos hizo perder de vista quizá la única imagen nicaragüense que la verdad histórica presenta como tocada por la fantasía de la épica medieval. Pero aquí no se trata de refutar los mitos —empeño parecido al de la caza de brujas—, sino de perfilarlos, en lo posible, deslindando su verdad poética de la veracidad prosaica de nuestra historia. Y sólo por eso hay que hacer notar que trece días después — ¡exactamente 13!— de que el Director Supremo, don José León Sandoval, comunicara al país la aniquilación de **"Siete Pañuelos"** y su banda, Bernabé Somoza tomaba sin resistencia la ciudad de El Viejo, iniciando así, el 23 de marzo de 1846, su principal ofensiva revolucionaria. Dos son los trabajos monográficos dedicados a fijar históricamente la figura de Bernabé Somoza, aunque el primero de los mismos, de Hildebrando A. Castellón, sólo pueda considerarse como intento, en lo que no tiene de panegírico. El más reciente, en cambio, de Orlando Cuadra Downing, es notable por su ecuanimidad y por su cauteloso manejo de las fuentes. El autor lo subtitula **"Vida y Muerte de un Hombre de Acción"**, con lo cual nos indica que va derechamente al curso de los hechos, y a atar los cabos mismos del desborde vital de un **"hombre histórico"**, de ese nicaragüense de acción y de pasión que era Bernabé Somoza. Cuadra Downing recorta al personaje sobre un fondo de historia; nosotros, al revés, lo destacamos en un contorno mítico. El Bernabé de aquél, por consiguiente, es una auténtica resurrección; el nuestro, por su parte, una recreación en el origen: aquélla en que consiste todo mito. Porque Somoza tuvo su mito propio, genuino y original; no el que se le endosó de **"Siete Pañuelos"**, el cual le sienta como un disfraz y no como la sola encarnación de un símbolo. Pero, además, tenía que venirle pequeño, porque a Somoza, en vida, le llamaban **"El Somozón"**, debido a su corpulencia y también, seguramente, a su estatura mítica; ya que toda realidad mitificada comienza por parecer de tamaño "heroico".

El Bernabé Somoza histórico fue, por línea paterna, nieto de españoles, hijo de la ciudad de Jinotepe y hermano de padre del poeta granadino Juan Iribarren. El Somoza mítico, a su vez, era hijo de su coraje, su fuerza física y su destreza en el manejo de las armas del caballero: la lanza y la espada. Era un hombre de duelos y torneos, cantor y galanteador, jinete consumado que, cabalgando en un **"Relámpago"** —así era el nombre de una de sus cabalgaduras—, cazaba tigres y se ganaba la admiración de todos. Arancibia nos dice que, en Jinotepe, los Somoza, como los Mora, **"eran esgrimistas notables"**, y que Bernabé, concretamente, **"tenía una fuerza muscular prodigiosa, adquirida en ejercicios gimnásticos y al que ponía encima su pujante brazo, quedaba**

fuera de combate" (Nicaragua. Cuarenta Años). El mismo historiador, testigo de la época, describe a Somoza, ya de oficial en el ejército morazanista, en 1844, como si se tratara del héroe de un libro de caballerías. Por eso el propio Cuadra Downing, que no pretende hacer mitología, no duda en confesar ***"que así se fue forjando la leyenda del héroe y del hombre de acción, aureola de leyenda que exaltaba su valor temerario, puesto mil veces a prueba..."***. He allí, pues, la sola figura "gótica" de toda nuestra vida independiente, porque el mito de Somoza, antes que olor a pólvora, tiene brillo de acero. Y esa figura evoca — como apunta Squier— al caballero de la Conquista, que era, sin duda, medieval a ultranza. Pero, en el orden mítico, es fácil remontarse de lo caballeresco a lo típicamente heroico, en sentido greco-latino. Lo cierto es que en Bernabé no se daban ni por asomo, aquellos siete pañuelos de nuestro Romanticismo, y sí los doce trabajos del heroísmo clásico. Estamos, en efecto, ante una imagen mítica de la caballería, pero también con rasgos mitológicos del mundo antiguo. Y a los seis años de vida pública de nuestro personaje —que terminaron con su ejecución cuando él apenas tenía treinta y cuatro de edad—, por sí solos dibujan la estampa ideal de quienes mueren jóvenes: esa envidiable estampa que celebró Menandro. Y no digamos nada del hecho mágico —no obstante su absoluto rigor histórico— que refiere Cuadra Downing, hablándonos de aquel fusilamiento y como una prueba más de lo que él mismo llama ***"tintes de mártir"*** de Bernabé: ***"Su cadáver con un dogal al cuello fue colgado en la plaza de Rivas, en la esquina del predio de la casa, que es hoy de la viuda de Don Joaquín Reina, esquina en la que nadie, aún en nuestros días, construyó habitación alguna por considerar que el sitio había sido execrado por un acto de lesa humanidad"***.

Pero a Bernabé Somoza, más que la injusticia, le había condenado a muerte su carisma, el mesianismo suyo que ponía en pie de guerra a los barrios indígenas, despertando incontables adhesiones a la causa liberal, unionista y agraria. Y el carácter popular de su rebelión se pone de manifiesto en un testimonio del general Isidro Urtecho, que reproduce integro Chamorro Zelaya, con distinto propósito, en su obra citada: ***"Aquella ráfaga de tempestad no puede llamarse propiamente revolución... Aquello fue un alzamiento repentino de masas, un desbordamiento de barrios contra centros de poblaciones localizados solamente en Granada y Rivas..."*** Pues bien, ¿qué entendería por "revolución" el general Urtecho? Lo cierto es que Bernabé, en las jornadas de 1849, había establecido su cuartel general en San Jorge, con lo cual podía tener en jaque al propio corazón de la oligarquía granadina. Todo ello afectaba la hegemonía y los intereses conservadores; y de ahí que surgiera la leyenda negra de Bernabé Somoza y, con ésta, la substitución de su mito auténtico por el más estrecho de ***"Siete Pañuelos"***. En efecto, los primeros nubarrones de esa leyenda salieron de las proclamas y los comunicados oficiales. ***"El Boletín Oficial***

*informaba — dice el mismo Chamorro— que Somoza había matado a todos los heridos, saqueando hasta los templos que privó de sus vasos sagrados; que estaba a punto de acabar por el incendio con el resto de la ciudad; que había exhumado el cadáver del Capitán Martínez, y lo había arrastrado desnudo por las calles, luego lo colgó de un poste y **finalmente lo quemó en la plaza**". ¿Acaso no resultan intercambiables esta descripción de horrores y aquella otra del autor relativo a **"Siete Pañuelos"**, en la que hablaba de **"robos de toda clase de intereses, sin exceptuar los bienes del culto"**? Pero aquí no deslindamos dos historias, sino dos mitos, y, por lo tanto, no se trata de argumentar en favor de los pecados mortales de Bernabé Somoza —que los tuvo, naturalmente— ni, mucho menos, de abultar la culpa de los **"timbucos"** —que desde luego, la hubo— en la invención de la referida leyenda negra.*

Si pretendiéramos otra cosa, tendríamos que hacer notar, por ejemplo, que, en lo que atañe a los asesinatos alevosos de don Bernardo Venerio y don Sebastián Salorio —en El Viejo y en Chinandega, respectivamente—, quienes se los atribuyen a Bernabé suelen **aducir una "proclama" del Director Supremo señor Sandoval**, o sea, un documento político — que comúnmente supone intencionalidad del mismo género y hasta connotación persuasiva—; mientras que los que acusan al Chato Lara, aquel malhechor ya mencionado, han recurrido a lo que testimonia Ortega Arancibia, en la página 121 de sus *Cuarenta Años*, es decir, a la autoridad de un historiador que vivió los acontecimientos. Y cabría, por supuesto, añadir que no vale como prueba contra Somoza lo que dice Squier, porque éste llegó a Nicaragua tres años después de ocurridos, aquellos crímenes. Además, la historia nos revela que Bernabé Somoza fue hombre de singular sensibilidad no sólo para la música, sino también para las letras. Uno de sus autores predilectos era Rousseau, y en él fortalecía su credo liberal. Se sabe igualmente que Bernabé, cuando residía en León en 1844 y principios del año siguiente, era contertulio —con José María Valle y otros centroamericanistas— de doña Bernarda Sarmiento Darío, la tía abuela de Rubén, en su casa de Las Cuatro Esquinas, en la Calle Real. Muchos años después, el propio poeta describiría esas tradicionales reuniones presididas por doña Bernarda, y en las que Somoza había lucido su buen trato y su amena conversación: **"Por las noches —escribe Darío— había tertulia en la puerta de la calle, una calle mal empedrada de redondos y puntiagudos cantos. Llegaban hombres de política y se hablaba de revoluciones. La señora me acariciaba en su regazo. La conversación y la noche cerraban mis párpados. Pasaba el vendedor de arena... Me iba deslizando. Quedaba dormido, sobre el ruedo de la maternal falda, como un bosquejo"**.

Ortega Arancibia, por su parte, luego de mencionar a Bernabé y demás concurrentes, destaca la categoría de aquellas veladas: **"La casa en que había esta tertulia, no sólo servía de recreo, sino también de centro político. La dueña era señora de talento y estaba en contacto con el pueblo y con las personas del mundo político"**. La leyenda negra, sin embargo, nos habla del **"bárbaro Bernabé Somoza"**, como se le llamaba en la Gaceta del Gobierno, en un documento fechado el 19 de junio de 1849, y que transcribe Squier (Nicaragua, sus Gentes y Paisajes). Esa misma leyenda nos dice que el rebelde se había puesto al servicio del imperialismo británico. Ahora bien, Pedro Joaquín Chamorro hace, al respecto, una pura insinuación que no llega a ser argumento: **"Por lo menos estaba patente la sospechosa coincidencia de que su terrible facción debilitaba a Nicaragua en el preciso momento en que los ingleses le usurpaban parte de su territorio"**.

Pero Squier, el diplomático, nos cuenta algo que él tenía por qué saber, y que contradice tal conjetura. Y estas son sus palabras que se ajustan al hecho, sin que puedan distraernos los comentarios que dedica el mismo: **"desde el comienzo de sus operaciones envió Somoza un mensajero a nuestro cónsul con una carta plena de manifestaciones de buena voluntad, y expresando además en ella que, después de regular el gobierno marcharía sobre San Juan del Norte a expulsar de allí a los ladrones ingleses"**. A decir verdad, lo objetivo en Squier no tiene precio; ya que muestra una excelente memoria "fotográfica". Sin embargo, entre sus juicios — especialmente en el asunto de Somoza— hay para todos los gustos. Ello quizá pueda explicarse por su condición de diplomático norteamericano, o bien porque contaba apenas veintiocho años cuando llegó a Nicaragua, aunque su libro saliera a la luz algo más tarde. El caso es que él confiesa, con entusiasmo juvenil: **"Al igual que las riendas de mi fantasía iban sueltas las de mi caballo que, siendo el de más rápido paso, me había alejado un poco de mis compañeros. De pronto, al quebrar un recodo, topé con un grupo de hombres armados... El que parecía jefe salió al frente cerrándonos el paso al tiempo que gritaba: "¿Quién vive?" Tratábase de un oficial de las fuerzas del gobierno... Yo, ilusionado, me había oído ya una aventura, y hasta abrigué la esperanza de que su jefe no fuese otro que el propio Somoza. Aquello fue, pues, un desencanto..."**. En otra parte, Squier se refiere a su primera noche granadina, revelando hasta qué punto le había impresionado la imagen de Bernabé, a través de la imaginación de nuestro pueblo. **"Cuarenta noches en camarotes cerrados y estrechos, en hamacas, y sobre cajones y baúles, nos autorizaban a gozar al fin de las deliciosamente frescas y, nítidamente limpias camas que esa noche nos invitaron a conciliar el sueño. Me apropié de una sin ninguna ceremonia, y en menos de lo que canta un gallo me eché a dormir soñando con**

Somoza...". Las citas anteriores son sabrosas y, sobre todo, necesarias para dejar muy clara la buena fe de su autor y, además, entender cómo, en su obra, es posible encontrar una buena dosis de la mitología nicaragüense o, más concretamente, el modo en que ese libro ha servido para ilustrar, a un tiempo, la leyenda dorada y la leyenda negra de Bernabé Somoza. Incluso podría decirse que la leyenda negra, en Squier, es consciente de sí misma. Así, hablando del asalto de Somoza a la ciudad de Rivas, aquel viajero escribe: **"Según los relatos que de su acción oímos, la ciudad entera fue incendiada y sus habitantes asesinados inmisericordemente, sin respeto a edad ni sexo. Tales noticias, sin embargo, así como las referentes al número de sus secuaces, resultaron ser burdas exageraciones..."**

La leyenda dorada, por el contrario, parece contar con el auxilio del arrebatado y la fantasía del escritor, inspirado por el demonio de la aventura, en beneficio de su estilo literario. Por- que el mito genuino de Bernabé Somoza tampoco sirve de alegato histórico en pro de aquel rebelde; pero sí como contraste del espíritu creador de nuestro pueblo y, desde luego, del valor de aquello que no ha enriquecido dicho mito, y que se usó para despoetizarlo, atribuyéndole los caracteres de un mito en absoluto negativo. Esto equivale a traicionar la obra de la conciencia mágica popular, es decir, a burlar por sistema esa misma conciencia, **con el mero artificio ("deus ex machina") de aquella propaganda que maneja las imágenes públicas o los códigos propios del inconsciente colectivo.** Pero el estudio de tal fenómeno nos situaría en la frontera donde se tocan los mitos y lo que ahora se conoce como producto publicitario.

De ahí que nos limitemos, en la leyenda de Bernabé, a subrayar el hecho de que una tradición manipulada se vuelve una traición: una traición a la criatura mítica, que, paradójicamente, requiere ser traicionada en su destino mismo, lo cual tiene Guiraud por **"uno de los temas mayores de toda la literatura épica"**. ¿Será, pues, la vieja campaña desmitificadora contra Somoza nada más que una habilísima falsificación de su mito, o asimismo el acompañamiento de una traición histórica que hizo posible ese mito, y que sólo se mueve por inercia, como un remordimiento? Squier sigue, en cambio, otro camino: el de arrimar el de Somoza —aunque tiznado, a veces, de leyenda negra— a las míticas y románticas estampas caballerescas del español universal, según las cuales lo mismo el bandolero que el mendigo tienen porte de señor. Pero dejemos que el viajero nos presente a Somoza con esa imagen de guardarropía: **"Por lo que llegara a nuestros oídos, pues, me lo figuraba algo así como uno de esos galantes salteadores de los Apeninos o de Sierra Morena, o un gentil bandolero español, y casi me consideraba un hombre afortunado ante la posibilidad de verme envuelto en un lance personal con él apenas llegado**

al interior del país". Más adelante narra extensamente el encuentro que tuvo con un compatriota suyo, **quien estaba poseído por el mito: "No esperó a que le preguntásemos nada; allí no más soltó la lengua: "¡Vi a Somoza, lo vi, lo vi!".** *Le había vuelto la voz y supimos toda la historia, relatada con tal candor y buena fe que, sólo ello, aparte de las peripecias pasadas, era para morir de risa."* El norteamericano del cuento viajaba en un bongo, que Bernabé y sus hombres habían abordado desde una lancha. Y Squier continúa: **"De pie, junto al mástil del bongo, un hombre alto y garboso con una pluma en el sombrero. De uno de sus hombros colgaba una roja capa española, un par de pistolas sin funda en la cintura, y en su mano tenía la espada desnuda clavada la punta en el banco de un remero. El hombre interrogaba al trémulo patrón, y lo hacía frunciendo el ceño y clavándole los ojos aquilinos... Somoza dio ciertas órdenes a sus hombres y se dirigió a la chopa. Nuestro pobre paisano creyó de veras que le había sonado su última hora se incorporó, ante lo cual Somoza dejó caer la espada, y echándosele encima le dio un caluroso abrazo a la española, pero tan fuerte que al sólo recordarlo le volvía a doler la espalda. Y eso se repitió una y otra vez, hasta que el dolor, superando en mucho el susto, le hizo implorar entre agonías: "¡No más, señor, no más!". Pero ese tormento acabó solo para dar comienzo a otro nuevo, pues ahora, agarrándolo por las manos con la fuerza de un titán, se las guiñó tan reciamente que estuvo a punto de desgajarle el hombro. Somoza, entre tanto, entonaba un fogoso discurso, ininteligible por demás para su oyente, quien sólo se atrevía a decir, silabeando: "¡Sí, señor, sí, sí, señor!". Terminada su alocución, quitóse Somoza del dedo un rico anillo, insistiendo en dejárselo a nuestro amigo... (que, por supuesto, no lo aceptó). Vio a Somoza por última vez en la popa de su barco, destacándose entre sus semidesnudos hombres por su capa y su pluma al viento llevadas a la manera de aquellos legendarios conquistadores de yelmo y cota de malla".** Lo cierto es que Bernabé Somoza era cortés en la vida real, y hasta en el campo de batalla mismo. Así lo afirma Ortega Arancibia, sin temor de que sus frases adquieran brillos Míticos: **"Su fuerte era la lanza; y montado, fascinaba a la tropa por su apuesto continente y lo bien manejado de su arma favorita. Era bondadoso y sagaz con el soldado; se captó las simpatías de todos y lo seguían con entusiasmo cuando iba a batirse saliendo siempre ileso de los combates, por lo cual lo creía el vulgo un hombre sobrehumano. Iban con él al peligro porque peleando a su lado se creían los hombres inmortales".** Según ese texto, el mito de buena ley de nuestro personaje hacía reconocible, en alguna medida, su propia figura histórica. Pero si ahora se preguntase al típico nicaragüense qué opina acerca de Bernabé Somoza, empezaría respondiendo con esta inevitable exclamación: **¡Ah, "Siete Pañuelos"! ■**